

# DEMOCRACIA SIN PARTIDOS.

## APARENTES PARADOJAS

### DEL NUEVO LABORISMO

En el estilo de gobierno del Nuevo Laborismo se aprecia cierta contradicción: por un lado, el gobierno Blair ha emprendido, casi desde el primer día, lo que equivale a una revolución constitucional, dispersando el poder en una multiplicidad de nuevas instituciones, y sustituyendo la tradicional sujeción del gobierno a un solo partido por las alianzas interpartidarias. Por otro lado, la dirección del laborismo parece empeñada en establecer en el interior de su propio partido un grado de control sin precedentes en la moderna historia política británica. En el ámbito institucional sigue preponderando el pluralismo. Pero dentro del partido sólo se puede oír una voz.

En la segunda edición de su valioso *Progressive Dilemma*, David Marquand exploraba con cierto detalle esa contradicción<sup>1</sup>. Para él, ese comportamiento «paradójico» de Blair es a un tiempo enigmático e inconsistente: aunque los actuales líderes del partido «han impuesto una disciplina prusiana a sus propios seguidores, que sobrepasa lo que cualquier otra dirección anterior del laborismo pudo nunca pretender [...], la lógica [de sus reformas constitucionales] es pluralista, y su resultado final será un una serie de controles y equilibrios muy diferentes de los supuestos tácitos de la tradición democrático-colectivista». Para Marquand, por tanto, «no está claro si Blair y sus colegas entienden del todo lo que están haciendo»<sup>2</sup>. Las estrategias políticas conducen a menudo a consecuencias no deseadas, y los gobiernos bisoños están particularmente pre-

---

<sup>1</sup> David Marquand, «Progressive or Populist? The Blair Paradox», en *The Progressive Dilemma: From Lloyd George to Blair*, 2.<sup>a</sup> ed., Londres, 1999, pp. 225-246.

<sup>2</sup> Otros comentaristas han sugerido que las evidentes tensiones en la estrategia del Nuevo Laborismo provienen, al menos en parte, de las obligaciones heredadas del antiguo líder laborista John Smith, presentando como ejemplo clave de ese legado el compromiso con la autonomía de Escocia y Gales. Véase por ejemplo Ross McKibbin, «Mondeo Man in the Driving Seat», *London Review of Books*, 30 de septiembre de 1999, y Will Hutton, «The control-freak gets his comeuppance», *The Observer*, 13 de febrero de 2000. Como sugiero más adelante, sin embargo, el compromiso del Nuevo Laborismo con la reforma constitucional va mucho más

dispuestos a equivocarse en sus juicios. La falibilidad estratégica puede parecer, por tanto, una hipótesis de trabajo razonable: el avance en el control por parte del laborismo del proceso político puede constituir el objetivo, y la reforma constitucional simplemente una estrategia equivocada. Con el tiempo, cabe pensar, la dirección del laborismo cobrará conciencia de la contradicción y aprenderá de sus fallos. El compromiso con el pluralismo institucional se refrenará, y el partido volverá a un estilo de gobierno más tradicional, o, de lo contrario, verá cómo se le escapa el poder de las manos.

Cabe, no obstante, una hipótesis alternativa, que no sólo comienza a dar sentido a la aparente paradoja antes mencionada, sino que también liga el planteamiento de la disciplina interna en el partido y la renovación constitucional externa como partes de una estrategia más amplia, coherente y deliberada, que tiende a transformar el gobierno democrático. En su núcleo esa nueva estrategia tiende, no a favorecer el gobierno «partidista», sino más bien a eliminarlo: en lugar de tratar de reforzar el control del partido, la estrategia del Nuevo Laborismo parece dirigida hacia la creación de una democracia sin partidos y, por tanto, despolitizada. Asegurarse de que todos los representantes del laborismo están en línea con la dirección no entra en contradicción con esto, sino que es una primera etapa necesaria. El proceso por el que la actual dirección del laborismo ha procurado eliminar las disensiones internas en el partido –arrinconando los procedimientos representativos en el mismo, introduciendo técnicas plebiscitarias, pasando por encima de la conferencia del partido y de los grupos de activistas que se muestran partidarios de efectuar consultas generalizadas a los afiliados– es muy conocido. Las apelaciones a los miembros «corrientes» del partido, y los mandatos internos a partir de elecciones individualizadas por correo, han permitido un consenso más respetuoso y permisivo en el interior del partido. La dirección esperaba, mediante esa «democratización», acallar las disensiones, aunque después, cuando hasta los miembros del partido más corrientes se mostraron recalcitrantes, no ha tenido el menor escrúpulo en recurrir a técnicas más manipuladoras para asegurarse los resultados buscados. Otros pasos clave han sido los intentos de apañar el resultado de las elecciones a la ejecutiva del partido, y asegurarse de que los candidatos seleccionados para Westminster, el Parlamento Europeo y las nuevas asambleas nacionales de Escocia y Gales, así como los electos para la propia ejecutiva del partido, serían los más inclinados a seguir las orientaciones de Millbank. Entretanto, en el interior de esas mismas instituciones, el control de la dirección sobre el comportamiento de los miembros ha ido reflejando cada vez más la «disciplina prusiana» a la que se refiere Marquand. Hasta la tradicional consideración hacia Westminster se ha debilitado, como ha señalado recientemente Anthony Barnett<sup>3</sup>, mientras que el proceso colectivo de toma de decisiones se ha visto erosionado aún más por la pérdida de importancia del gabinete, que en la actualidad apenas si funciona, y por el renovado énfasis en los comités de gobierno más especializados. Nos llega algo así como un eco de la Italia fascista, si bien integrado ahora en un discurso democrático, recordándonos aquello de *un partito, una voce*.

---

allá; por otro lado, argumentar que Blair y sus colegas cargan simplemente con pasados compromisos significa infravalorar la seriedad y el alcance del actual programa de reformas.

<sup>3</sup> Véase Anthony Barnett, «Parliament in Flux II: Busy Doing Nothings», *Times Literary Supplement*, 11 de febrero de 2000.

## *El desmantelamiento de la democracia mayoritaria*

Al mismo tiempo los primeros tres años de gobierno del Nuevo Laborismo se han visto marcados por un compromiso muy sustancial con el pluralismo institucional, con un notable desplazamiento, sin precedentes, hacia la democracia por consenso. El sistema británico de gobierno ha gozado tradicionalmente de un *status* único entre las democracias avanzadas en virtud de sus rasgos inequívocamente mayoritarios. Arend Lijphart, en lo que se ha convertido en un planteamiento estándar de la clasificación de las democracias, ha establecido una distinción crucial entre democracias mayoritarias y democracias por consenso<sup>4</sup>, por lo que las primeras se caracterizan por la centralización y el control exclusivo del poder político por parte del partido que gobierna, mientras que las últimas reflejan el compromiso de compartir el proceso de toma de decisiones entre diversos agentes políticos, en una multiplicidad de instituciones. La distinción de Lijphart se basó deliberadamente en la excepcionalidad del caso británico, tipificando el modelo mayoritario de democracia por las instituciones y las prácticas asociadas por aquel entonces con el sistema de Westminster: el modelo mayoritario se caracterizaba por un Estado unitario, el gobierno de un solo partido, un sistema de voto mayoritario, la ausencia de una constitución escrita y de un proceso de revisión judicial, y la concentración del poder parlamentario en una única cámara legislativa. Se caracterizaba asimismo por una fusión de poderes en la que el poder ejecutivo del gobierno, aun siendo responsable ante el parlamento, dominaba de hecho sobre el poder legislativo.

Desde que llegó al poder en 1997, el laborismo ha hecho mucho por desmantelar ese tradicional sistema mayoritario de gobierno, y ha desplazado sustancialmente al Reino Unido hacia el modelo alternativo de la democracia por consenso. Las transferencias de sustanciales poderes de decisión a los parlamentos de Escocia y Gales han socavado la naturaleza unitaria del Estado británico; la promesa de descentralización en la propia Inglaterra, junto con la restauración de una autoridad única democráticamente elegida en Londres, llevará más lejos ese proceso, quizá hasta el punto en que varios parlamentos regionales ingleses cooperen con Escocia, Gales y el Norte de Irlanda en una federación múltiple. El sistema de voto mayoritario se ha abandonado ya para las asambleas regionales y para las elecciones europeas, y puede que hasta para las elecciones al parlamento de Westminster se adopte alguna forma de representación proporcional. La incorporación del Convenio europeo de Derechos Humanos al *corpus* legal británico aproxima al Reino Unido más que nunca a un sistema de revisión judicial. La abolición de los derechos electorales hereditarios de los Pares de la Corona ofrece la posibilidad de crear una Cámara de los Lores más legítima y, por tanto, más activa, y quizá la promesa de un bicameralismo más genuino. Finalmente, mediante la inclusión de miembros del partido liberal demócrata en comités clave del gabinete, e insistiendo en la conveniencia de una cooperación más estrecha *Lib-Lab*, el gobierno Blair ha dado los primeros pasos serios alejándose de la dependencia gené-

---

<sup>4</sup> Arend Lijphart, *Democracies: Patterns of Majoritarian and Consensus Government in Twenty-One Countries*, New Haven, 1984. El modelo se revisó más adelante, ampliándose, en Arend Lijphart, *Patterns of Democracy: Government Forms and Performance in Thirty-Six Countries*, New Haven, 1999.

rica del gobierno con respecto a un solo partido, y eso pese a su abrumadora mayoría parlamentaria. Ésos son los nuevos «controles y equilibrios» a los que se refiere Marquand, y por muy lejos que puedan estar de «los supuestos tácticos de la tradición democrático-colectivista», ciertamente difieren también de los rasgos tradicionales de la democracia mayoritaria. De hecho, el único elemento clave del modelo mayoritario que parece querer mantener el Nuevo Laborismo es el de la dominación del poder ejecutivo sobre el parlamento, si bien la restitución de poderes a las asambleas regionales y los avances hacia la revisión judicial moderan los esfuerzos del ejecutivo por ejercer el control sobre el sistema político en toda su amplitud.

La estructura de la democracia por consenso implica la dispersión del poder en una multiplicidad de instituciones con mayorías políticas variadas; por consiguiente, va decididamente contra la tradición británica de que un solo partido, en posesión del control mayoritario en el parlamento, gobierne sin ayuda de nadie. Hace más de doscientos años era precisamente la capacidad de tal pluralismo institucional para contrarrestar el control partidista de la mayoría lo que tanto atraía a los autores de los *Federalist Papers* en la propuesta constitución americana. Para James Madison, el valor de la reciente constitución republicana residía en su capacidad de impedir [la formación de] un sistema en el que «el bien público quede marginado por los conflictos entre los partidos rivales, y a menudo se tomen medidas, no según las reglas de la justicia y los derechos de las minorías, sino por la fuerza de una mayoría interesada y despótica»<sup>5</sup>. Y como, a juicio de Madison, resultaba poco menos que imposible remediar esos «males del faccionalismo», la mejor estrategia consistía en tratar de controlar sus efectos. De ahí la necesidad de separar y dispersar el ejercicio del poder político en diferentes instituciones, cuyos titulares recibirían «los necesarios medios constitucionales y motivaciones personales para oponerse a la usurpación de los demás [...] Hay que hacer que la ambición contrarreste la ambición. El interés de la persona debe estar conectado con los derechos constitucionales del lugar»<sup>6</sup>.

### *¿Esquivando al partido?*

Así pues, la democracia por consenso no es tan sólo una alternativa a la democracia mayoritaria, sino que también difiere sustancialmente de la democracia de partidos de tipo británico, al menos tal como se ha concebido ésta en la cultura política británica. En este sentido, el fomento por el Nuevo Laborismo del pluralismo institucional, junto con el deliberado fomento de las alianzas entre partidos, puede considerarse como una limitación al potencial control por parte del partido mayoritario. Empleando los términos de Madison, el proyecto Blair trataría de limitar los efectos del faccionalismo. Resulta fácil entender que este reciente compromiso con el pluralismo institucional se articule, aun

<sup>5</sup> *Federalist*, núm. 10, publicado en Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *The Federalist Papers*, con una introducción de Clinton Rossiter, Nueva York, 1961, p. 77.

<sup>6</sup> *Federalist*, núm. 51, pp. 321-322. En otro lugar (*Federalist*, núm. 47, p. 301), Madison expone su célebre observación de que «la acumulación de todos los poderes, legislativo, ejecutivo y judicial, en las mismas manos, ya sea de uno, unos pocos o muchos, puede con justicia ser denominada tiranía». Véase también el análisis de la democracia madisoniana en Richard S. Katz, *Democracy and Elections*, Nueva York, 1997, pp. 53-56.

incómoda y paradójicamente, con los intentos simultáneos de eliminar la disidencia en el partido y de negar su diversidad interna. Lo que se da con una mano –los nuevos controles y equilibrios– se quita con la otra, a través del control a todos los niveles de la vida interna del partido. La pregunta que cabe entonces hacerse es: ¿para qué molestarse tanto? Si lo que se pretende es el control del partido, ¿para qué dispersar el poder? Y si se está dispersando el poder, ¿por qué limitar el pluralismo interno del partido? Dicho de otra forma: si el objetivo consiste en establecer algo parecido a la democracia por consenso y en compartir el poder político, ¿por qué se pone tanto énfasis en la gestión del partido y la ingeniería política? Parece poco convincente suponer simplemente que Blair y sus colegas no saben lo que están haciendo.

Parte del problema reside en comprender a qué finalidad sirve el control del partido. El énfasis en la disciplina organizativa podría considerarse como un intento de reforzar la posición del partido. La consigna *un partido, una voz* parece implicar un partidismo reforzado, deliberado. Si se considera más críticamente, sin embargo, podría verse también como una forma de sacar al propio partido de la ecuación. El ahínco del Nuevo Laborismo en centralizar el partido y asegurar que a todos los niveles –tanto en la base, como en las diferentes asambleas representativas– se escuche la misma voz, puede apuntar no tanto a reforzar el partido como a marginarlo. El objetivo puede no ser situar al partido en el centro de una compleja red de control político (estrategia que correspondería a la antigua tradición democrático-colectivista), sino, por el contrario, desplazarlo (junto con la militancia) fuera del escenario político. Y eso sería ciertamente compatible con el afán del Nuevo Laborismo por reformar la tradicional constitución mayoritaria.

### *Los grupos de estudio como intérpretes de la voluntad del pueblo*

Dos rasgos distintos caracterizan el planteamiento de la actual dirección laborista, uno programático y otro electoral. El primero es la tan repetida tercera vía, un planteamiento del proceso de planificación y ejecución política presentado por sus proponentes como un avance superador de la tradicional alternativa entre izquierda y derecha. Con toda intención, no se anuncia como un planteamiento partidista, sino como el único programa posible para el gobierno contemporáneo, necesario a la vez que incuestionable. La tercera vía no sólo se ofrece como abierta a todos, sino que, al parecer, no existe otra opción disponible. Como señala Marquand: «Los argumentos morales e ideológicos en favor de la tercera vía son innecesarios; no es preciso defenderla frente a visiones alternativas del futuro, basadas en diferentes premisas morales e ideológicas. Sólo hay un futuro posible, y resistirse a él es como escupir contra el viento». El segundo de esos rasgos tiene que ver con el recurso a técnicas plebiscitarias que ya se han adoptado dentro del propio partido laborista, y que se están extendiendo ahora<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> Ese aspecto del planteamiento del Nuevo Laborismo ha sido puesto de relieve en particular por Lord Irvine, miembro del gobierno a cargo de la agenda de reforma constitucional; véase, por ejemplo, «Britain's Programme of Constitutional Change», conferencia pronunciada por el propio Lord Irvine en la Facultad de Derecho de la Universidad de Leiden, el 22 de octubre de 1999.

La autonomía de Escocia, Gales e Irlanda del Norte vino precedida por los correspondientes referéndums, como lo fue la introducción de elecciones directas a la alcaldía de Londres. Las nuevas asambleas regionales en Inglaterra, si llegan a establecerse, también se sancionarán mediante referéndum, como sucederá con cualquier cambio en el sistema de elección para el parlamento de Westminster, o con la decisión de incorporarse a la moneda única europea. Y lo que quizá es aún más crucial, las decisiones del Nuevo Laborismo a escala local se preparan ahora, y se deciden efectivamente, en los grupos de estudio.

Lo más importante de estas novedades es que tratan de establecer una ligazón más o menos directa entre los ciudadanos y el gobierno. En Gran Bretaña, tradicionalmente, como corresponde a los principios básicos de la democracia mayoritaria, la relación entre los ciudadanos y el gobierno no era directa, sino mediatizada por los partidos y el parlamento. Los partidos proponían programas alternativos a los votantes, y el partido que resultaba ganador recibía el mandato popular para aplicar su política, poniéndola en práctica el gobierno con la aprobación de un parlamento que disfrutaba de un mando sin disputa dentro del orden constitucional. La democracia británica era una democracia vertebrada por los partidos, y apoyada en la soberanía parlamentaria. Con un mandato de sus propios votantes, el partido proponía, y el parlamento disponía. Así funcionaba y se legitimaba la democracia mayoritaria.

Lo que ha cambiado es que ahora es «el pueblo» el que debe disponer, con los partidos y el parlamento cada vez más neutralizados. Para el Nuevo Laborismo, el partido no tiene otro objetivo que ser la voz del amplio mandato del pueblo. Ya no goza de su propia agenda autónoma. La militancia en el partido se ha convertido así en algo del pasado, tanto electoral como ideológicamente. Como concluía Tony Blair en su discurso a la conferencia del partido en 1999: «Cada nación tiene su proyecto, y cada partido su causa. Y ahora, por fin, partido y nación unidos en la misma causa y con el mismo proyecto, para liberar a nuestro pueblo».<sup>8</sup> La relación de esta concepción de la democracia con la ideología de la tercera vía es obvia. Del mismo modo que el Nuevo Laborismo considera su programa como la única alternativa, y, por tanto, carente de cualquier propósito partidista, su estilo de gobierno se proclama deliberadamente como apartidista. No se plantea como una democracia de partidos; se trata del gobierno del pueblo y para el pueblo, y no el de una determinada fracción de ese pueblo<sup>9</sup>. En este sentido crucial, se puede decir que anticipa el establecimiento de una democracia despolitizada y sin partidos, perfectamente compatible con el reparto del poder entre los partidos tradicionales, con el nombramiento para los puestos clave de personas no pertenecientes al partido, y con la creación de instituciones y reglas electorales que parecen no ofrecer ninguna ventaja inmediata a uno u otro partido.

### *Asalto a la política de partido*

Uno de los impulsos decisivos para esa nueva estrategia fue la experiencia del Laborismo en sus dieciocho años de oposición a un enérgico gobierno de par-

<sup>8</sup> El discurso completo se incluyó en la web de *The Guardian*, el 13 de septiembre de 1999.

<sup>9</sup> Con palabras de Irvine (véase nota 7): «Nos hemos propuesto ser un gobierno verdaderamente del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Este gobierno se propone devolver el poder al pueblo, de donde el última instancia procede».

tido elegido con sólo una mayoría relativa de los votos populares. El «daño faccionalista» producido por los conservadores bajo Thatcher y Major, y la incapacidad de la oposición para imponer ninguna limitación a su forma de gobernar, convenció a Blair y a sus colaboradores más cercanos de la inconveniencia de un gobierno declaradamente partidista, del color que fuera. El pluralismo institucional se diseñó para impedir no sólo cualquier eventual repetición de la hegemonía conservadora, sino también el dominio de un partido como tal. En su lugar, con un espíritu que probablemente habría aplaudido Madison (y que ha encontrado recientemente eco en una ardiente reafirmación de la democracia republicana)<sup>10</sup>, se planteó como objetivo el «buen gobierno», entendido como una democracia sin el lastre de los partidos.

Esa nueva estrategia requiere necesariamente una tajante ruptura con el legado del Laborismo, en particular con la tradición de la opinión del partido. El Nuevo Laborismo quizá esté tratando de establecer las bases de una democracia sin partidos, pero consiguió el poder como un partido tradicional, movilizándolo una organización desde la base, y una red de relaciones con el movimiento obrero, en clara oposición a los conservadores. Aunque su dirección puede aspirar a una versión más neutral y despolitizada de democracia por consenso, llegó al gobierno en un marco de tipo mayoritario, y por eso tiene que afrontar la presión proveniente de sus propias filas para que se comporte de forma más partidista. Para escapar a esa presión, y para liberarse de las constricciones que le impone, al Nuevo Laborismo le gustaría sacar al partido de la ecuación. Centralizando el control, eliminando el disenso y asegurando el sometimiento a la dirección de quienes ocupan cargos públicos, el Nuevo Laborismo no pretende reforzar el partido, sino dejarlo de lado. Vista bajo esa luz, la aparente contradicción entre el pluralismo institucional y la disciplina de partido desaparece. Ambas derivan del intento de apartar al partido de la acción de gobierno. Por un lado, se dispersa la toma de decisiones y se comparte el poder; por otro, se amordaza al partido, y se juzgan los planes y su ejecución con las normas del «buen gobierno» más que con criterios partidistas. Todo esto concuerda con la filosofía de la incuestionable tercera vía y la «liberación» del pueblo. La cuestión es apartar al gobierno de «la política». En los alrededores de Westminster se muestra en la actualidad cada vez menor consideración, por lo que Peter Mandelson ha llamado despectivamente «la tendencia a convertir en un espectáculo los debates en este lugar, recurriendo a formulaciones hostiles y al pugilato político»<sup>11</sup>.

Es quizá sintomático del creciente desdén general por la política de partido que incluso el inequívoco rechazo de la política como tal suscite pocos comentarios. Blair, entrevistado hace poco en la BBC, aseguraba: «Nunca tuve vocación de político. Ni siquiera ahora me siento como un político. No me veo a mí mismo como un político, en el sentido de alguien cuya preocupación más importante en la vida sea la política»<sup>12</sup>. Un planteamiento parecidamente antipolítico, o al menos antipartidario, impregna el reciente informe sobre la reforma de la Cámara de los Lores, en el que la preferencia por el nombramiento en lugar de la elección popular se justifica sobre la base de que «la nueva segun-

<sup>10</sup> Véase Philip Petit, *Republicanism: A Theory of Freedom and Government*, Oxford, 1997.

<sup>11</sup> Citado en Barnett, «Parliament in Flux».

<sup>12</sup> *Blair's Thousand Days*, BBC2, 30 de enero de 2000.

da cámara no debe ser una criatura de los partidos políticos, y hay que reducir al mínimo la influencia de los partidos sobre sus miembros.<sup>13</sup> Donde dice política, léase política partidaria; y por política partidaria, entiéndase mala política. La democracia del nuevo siglo debe ser una democracia despolitizada, para lo que se necesitará la «capacidad de ejercer un juicio sin trabas, relativamente libre del control partidista», como indica el informe Wakeham en el contexto de la estructuración de la nueva Cámara de los Lores.

Opuestos a ese nuevo estilo de democracia se pueden distinguir dos grupos: el primero es el de las «fuerzas del conservadurismo» tradicionales, contra las que Blair alzó su voz en su discurso a la conferencia del partido de 1999: «Frente a nosotros se alinean las fuerzas del conservadurismo, los cínicos, las élites, el *establishment*... Junto a nosotros se sitúan las fuerzas de la modernidad y la justicia. Los que creen en una Gran Bretaña para todo el pueblo». Con respecto a este grupo, la estrategia del Nuevo Laborismo es clara: confinar a los elementos más extremistas de esa oposición en un partido conservador cada vez más cercado y electoralmente marginal en los Comunes, e incorporar a los más moderados a la agenda de la reforma constitucional (Patten, Wakeham), o al proyecto de una europeización más profunda (Clark, Heseltine).

El segundo grupo que obstaculiza el proyecto del Nuevo Laborismo es la izquierda, dentro y fuera del partido. La estrategia al respecto no es menos clara: negar a esas fuerzas representatividad o influencia. De aquí el recurso inicial a las técnicas plebiscitarias en el partido, destinadas a aplastar a los militantes activistas con el peso numérico de los afiliados corrientes, más respetuosos hacia la dirección; y conforme vayan perdiendo apoyo, su manipulación o procedimientos internos para asegurar que sólo los dóciles alcancen posiciones clave en el partido o en las listas de candidatos para puestos públicos. Desde el punto de vista de la dirección, sus propios favoritos no expresan una posición partidista enfrentada a la de la izquierda: ésta sí es partidista, mientras que sus propias posiciones no lo son. Por supuesto, se trata de una vieja historia en la vida política. Cuando los líderes políticos atacan el partidismo, infaliblemente se trata del de algún otro. Al calificar la candidatura de Ken Livingstone para las elecciones a la alcaldía de Londres como un regreso a la política divisora de la década de 1980, Blair no hablaba en nombre de una política partidaria más moderna capaz de reemplazar a la que había antes: su argumento era por el contrario que la política partidista —léase «de izquierdas»— del pasado estaba quedando arrumbada por una política no partidista —léase, la del Nuevo Laborismo— del futuro. De forma muy parecida a la interpretación de Marquand de la ideología de la tercera vía como algo que no requiere defensa frente a propuestas alternativas, el nuevo estilo de gobierno pretende ser incuestionable: las únicas alternativas —las del pasado partidista— carecen ya de importancia.

---

<sup>13</sup> *A House for the Future. Report of the Royal Commission on the Reform of the House of Lords*, Londres, enero de 2000, p. 3. La argumentación prosigue expresivamente: «Queríamos crear una nueva segunda cámara que fuera políticamente hábil, pero no un reducto para otro grupo de políticos profesionales; que proporcionara un papel adecuado a los partidos políticos, pero desalentara la confrontación partidista estéril; y que incluyera a miembros de los partidos políticos, pero limitando la influencia de estos últimos y fomentando el ejercicio del juicio independiente».



Todavía no está claro si ese intento de transformar la cultura política predominante en Gran Bretaña podrá llevarse hasta su conclusión última. Aunque la mayoría parlamentaria laborista es actualmente inapelable, su pluralidad electoral no lo es. Con el 43 por 100 de los votos en 1997, el laborismo alcanzó de hecho sólo un apoyo algo mayor que en las elecciones celebradas en las décadas de 1950 y 1960, siendo además la participación extraordinariamente baja. Si se mantiene esa vulnerabilidad electoral, habrá con seguridad miembros del partido que muestren el deseo de volver a un estilo político de mayor confrontación, lo que socavará de inmediato el impulso hacia una democracia sin partidos. También existen límites obvios a la capacidad de la dirección de controlar la disidencia interna: ya sea por razones ideológicas, por terquedad, o simplemente por el deseo de seguir la ostensible lógica del pluralismo institucional, muchos miembros del partido laborista en las instituciones emergentes del descentralizado Estado británico parecen decididos a establecer sus propias prioridades y a rechazar la dirección desde arriba<sup>14</sup>. Y aunque la dirección del Nuevo Laborismo podría contemplar complacida el abandono del partido por parte de algunos de esos miembros disidentes para constituir su propia alternativa de izquierda radical (fácilmente marginable), el mantenimiento de un sistema electoral mayoritario a escala nacional hace poco probable esa opción. Dicho esto, la perspectiva de un eventual abandono del partido por parte de la izquierda constituye probablemente un fuerte incentivo para el proyecto de la dirección de reformar el sistema electoral vigente para el parlamento de Westminster. Aislar a los conservadores en la derecha, y a sus propios críticos radicales en un partido separado en la izquierda, es lo que podría proporcionar al Nuevo Laborismo el espacio necesario para cimentar una coalición mayoritaria de centro con los liberales demócratas, duradera y con una amplia base.

### *Buenos gobiernos*<sup>15</sup>

Por el momento, la dirección del partido laborista apuesta por dos caballos. Las primeras iniciativas hacia el pluralismo institucional ya son irrevocables, pero la segunda etapa —la creación de un bicameralismo genuino, una reforma del sistema de votación para el parlamento de Westminster, la consolidación de una coalición aún más estrecha con los liberales demócratas— todavía está en el aire. Llevando las cosas hasta el extremo, es perfectamente concebible una democracia completamente «consensuada» en Gran Bretaña, con las regiones y el gobierno central conducidos por una coalición centrista de nuevos laboristas y liberales demócratas virtualmente invencible, capaz de aplastar de un manotazo los desafíos ineficaces de una derecha residual, por un lado, y una izquierda minoritaria, por otro. De hecho, Tony Blair quizá preferiría gobernar sobre la base de una coalición con los liberales antes que sobre la de una coalición interna con la izquierda de su propio partido. Ése podría ser el final del juego: la consolidación de la incipiente coalición de «buenos gobiernos» —prac-

<sup>14</sup> Ese tema se analiza ampliamente en Tom Nairn, *After Britain: New Labour and the Return of Scotland*, Londres, 2000.

<sup>15</sup> *Goo-goos* [iniciales de *good government*]: miembros o partidarios de un movimiento de reforma política, especialmente en la época de Theodor Roosevelt. Se suele utilizar irónicamente, con intención denigratoria. [N. del T.]

ticantes del buen gobierno— periódicamente respaldada por «el pueblo» y sus plebiscitos. Pero queda por ver si ese futuro será o no obstaculizado por las herencias que el Nuevo Laborismo prefiere por ahora olvidar.

Un rasgo sobresaliente del curso seguido por el Nuevo Laborismo es que ha contado hasta ahora con un viento muy favorable en sus velas. En las democracias occidentales establecidas, e impregnando gran parte de los escritos recientes sobre la teoría democrática, se puede observar cada vez más la presunción de que la era de la política partidista ha terminado. Los propios partidos, que tiempo atrás se consideraban como garantes de la democracia, comienzan a estar pasados de moda. No es una coincidencia que prefiera hablarse de «Nuevo Laborismo» en lugar de «Partido Laborista». Como en otras cuestiones, se detectan ecos de Estados Unidos, donde la famosa estrategia de Clinton de la «triangulación» se presentó en 1996 como una superación de los mezquinos intereses de la política partidista en favor de un gobierno «del pueblo». Se ha podido observar una tendencia similar en Italia, donde ninguno de los «partidos» que tratan en la actualidad de reconstituir el sistema político lleva formalmente ese nombre, desde los *Democratici di Sinistra* en la izquierda hasta *Forza Italia* en la derecha; el término en cuestión parece haberse convertido en una palabra sucia. De hecho, en los confines del espectro político, en particular entre los nuevos movimientos de extrema derecha que han alcanzado recientemente gran repercusión en países como Austria, Bélgica y Francia, las proclamas aparecen envueltas cada vez más en una retórica populista antipartido.

### *Una democracia despolitizada*

En un plano más general, las perspectivas de futuro formuladas desde los reducidos menos comprometidos de los círculos académicos tienden a compartir un creciente desdén hacia los partidos y la militancia, y proponen en su lugar una democracia «republicana», «asociativa», «deliberativa», «reguladora» o de cualquier otro tipo. Probablemente ninguno de esos teóricos respaldaría las ideas más fantasiosas del «fin de la historia» tan en boga a comienzos de la década de 1990, pero todos ellos parecen asumir la inevitabilidad —y a veces también la conveniencia— del fin de la política, al menos tal como se ha practicado en la mayoría de las democracias de posguerra. En cierto sentido, muy alejado del sugerido en alguna ocasión por Marx, muchos teóricos y practicantes de la política tienden a considerar cada vez más a ésta como un asunto de administración, o con los términos más actuales, de buen gobierno. Crece la tendencia a pensar que es más probable hallar soluciones objetivas a los problemas sociales, económicos o culturales estableciendo una prudente mezcla de corrección institucional y juicios emitidos por expertos no partidistas. El partidismo se hace superfluo, y la democracia se despolitiza. Ésa es en definitiva la lógica del planteamiento gubernamental de la tercera vía. Sin embargo, sería una equivocación considerar esa concepción antipartidaria como simplemente antidemocrática. Tampoco debería considerarse, pese al rechazo del papel del partido como mediador, como una reformulación de la democracia populista al viejo estilo, o como lo que Anthony Barnett ha denominado «populismo corporativo»<sup>16</sup>. En el planteamiento del Nuevo Laborismo ciertamente existen elementos de populismo, y

<sup>16</sup> En *Prospect*, febrero de 1999. Véase también Nairn, *After Britain*, pp. 76-80, donde se plan-

en algunos casos, como en el discurso de Blair en la conferencia del partido de 1999, se han expuesto sin rebozo alguno. El populismo también está asociado, obviamente, a la demanda de formas más directas o plebiscitarias de democracia —el pueblo como amo— que el Nuevo Laborismo ha convertido en su pilar fundamental. Sin embargo, el populismo en su forma pura es completamente antitético de los elementos constitucionales del pensamiento republicano moderno<sup>17</sup>, que es, en definitiva, el que da alas al proyecto de Blair. No es una mera reelaboración de tradiciones antiguas y más convencionales, sino una nueva combinación de constitucionalismo y formas plebiscitarias. La voz del pueblo es por cierto importante, pero, contrariamente a los supuestos de la democracia de partidos, no determina por adelantado la agenda política, sino que más bien ejerce, mediante elecciones y plebiscitos, un control último sobre los gobernantes, respaldando o rechazando políticas y programas diseñados por los círculos internos de instituciones políticas relativamente autónomas. Puede que no se invite a los votantes a desempeñar un papel importante en la formulación de planes y programas —eso queda para sus gobernantes—, pero siguen siendo, aunque sea retrospectivamente, los que tienen la última palabra. Por eso se piden sanciones para las promesas electorales incumplidas, y por eso las propuestas del Nuevo Laborismo adoptan la forma de un contrato.

Por extraña que pueda parecer esa configuración, podría llegar a generalizarse en las democracias contemporáneas. Resulta curioso que una apreciación similar de cómo hacer que funcione con más eficacia la democracia moderna parezca respaldar recientes exposiciones del sagaz politólogo alemán Fritz Scharpf. Analizando los eventuales problemas de legitimación que puede arrostrar la Unión Europea, se explaya sobre los límites de la «democracia orientada por el *input* (*el gobierno del pueblo*)», y sugiere que «hasta en las democracias constitucionales, a escala nacional, los argumentos orientados por el *input* no pueden sobrellevar toda la carga legitimadora del ejercicio del poder gobernante. Siempre se ven complementados, y en muchas áreas desplazados, por argumentos orientados por el *output*, que muestran cómo determinados dispositivos institucionales favorecen el *gobierno para el pueblo*, lo que significa que promueven opciones políticas que pueden justificarse en términos de nociones consensuales de interés público»<sup>18</sup>.

El Nuevo Laborismo está comprometido en la actualidad en lo que equivale a una gran revolución constitucional, desplazando al sistema político de una versión extrema de democracia mayoritaria hacia un modelo institucionalmente más consensuado. Pero mientras que las democracias por consenso que se han desarrollado en el continente europeo lo hicieron apoyándose en la política de los partidos (que actuaban como representantes y como gobernantes, coligados entre sí), la versión inaugurada en Gran Bretaña trata de abrir nuevas vías desplazando a los partidos fuera de la ecuación. Eso es lo realmente nuevo en el proyecto del Nuevo Laborismo, un intento de procurar el «interés público» sin verse trabados por los males del faccionalismo, ofreciendo al «pueblo» la

---

tea que el populismo corporativo implica «no la antigua subjetividad ni la moderna ciudadanía constitucional», sino más bien la idea del votante como «consumidor».

<sup>17</sup> Sobre esto, véase *Republicanism*, pp. 7-11.

<sup>18</sup> Fritz Scharpf, *Governing in Europe: Effective and Democratic?*, Oxford, 1999, p. 188.

posibilidad de juzgar en última instancia sobre la forma en que se han servido o no sus intereses. En esa desconfianza profundamente enraizada hacia el partidismo late una concepción que se acomoda crecientemente al tenor de los tiempos. Aunque de hecho no sea hostil a la democracia, parece reflejar una indiferencia cada vez mayor hacia ella. Cuando la política está sometida a la contienda entre los partidos, se crea inevitablemente un conflicto de alternativas que los votantes supuestamente deben zanjar optando por una u otra, lo que requiere un debate público. Si los partidos se eliminan de la ecuación, y el constitucionalismo se equipara a la convocatoria plebiscitaria, esas alternativas se presentan, discuten y deciden exclusivamente en el interior de las instituciones, y el pueblo sólo puede refrendar o desaprobar los acuerdos que se hayan alcanzado en ellas. Pese a su fachada populista, la democracia plebiscitaria es defectuosa. Ofrecer a los ciudadanos la posibilidad de decir sí o no es lo mismo que ofrecerles la opción entre alternativas reales comprometiéndolos en un proceso competitivo público acerca de esas ideas. El modelo del «buen gobierno» sitúa el poder de decisión en manos de los propios «buenos gobernantes». La democracia de partidos, pese al menosprecio que suscita actualmente, exigía más del ciudadano.